

AVILÉS, Luis F., *Avatares de lo invisible: espacio y subjetividad en los Siglos de Oro*, Madrid-Frankfurt am Main, Iberoamericana-Vervuert, Colección Biblioteca Áurea Hispánica, 2017, 227 págs.

VÍCTOR SIERRA MATUTE
Haverford College

Avatares de lo invisible: espacio y subjetividad en los Siglos de Oro, de Luis F. Avilés, pone en relación dos líneas de investigación candentes en los estudios sobre el dieciséis y el diecisiete españoles: la configuración espacial y el estatuto del individuo. Para acotar este amplísimo terreno, el profesor de la Universidad de California en Irvine fija su atención en dos fenómenos más específicos. Por un lado, la cuestión de la mirada, o los modos en que la escritura de la época intenta reproducir la experiencia visual; por otro lado, el tratamiento de la intimidad del sujeto en la alta modernidad, y en concreto intentar discernir «[qué] aspectos del yo [...] deben mostrarse a los demás y cuáles permanecen ocultos como parte de la vida en contextos específicos» (9). Tarea compleja, claro está, que Avilés resuelve de forma convincente a través de una serie de casos de estudio por lo demás bastante canónicos: el *Quijote*, *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, *El abencerraje* y el *Lazarillo* son los principales, aunque se tocan tam-

bién otros clásicos como *El collar de la paloma* o la *Razón de amor*.

El libro se inicia con una referencia a J. M. Coetzee que sirve para justificar tanto la elección del corpus estudiado como el marco teórico bajo el cual se estudia. En su ensayo «¿Qué es un clásico?», el premio Nobel sudafricano reivindica la capacidad de las grandes obras para ser interrogadas y suscitar múltiples y diversas interpretaciones. Avilés hace suya dicha actitud para defender las herramientas teóricas de las que se sirve *Avatares de lo invisible*, trabajo fuertemente influido por el pensamiento filosófico de Michel Foucault, Judith Butler, Giorgio Agamben y Jacques Rancière. A pesar de la *excusatio non petita*, el monográfico ofrece un perfecto balance entre el rigor filológico y la lectura sugerente bajo la lupa de la teoría contemporánea. Así, Avilés combina un impecable manejo de las fuentes con profundas reflexiones sobre la intersección entre política y estética en los textos auriseculares.



En cuanto a su estructura, el monográfico está dividido en cuatro apartados, cada uno de ellos correspondiente a un espacio o un concepto relacionado con la espacialidad. Los conceptos estudiados son, por este orden, la distancia, la corte, la frontera y la casa. En común tienen que son espacios regulados que imponen una serie de protocolos de comportamiento sobre el individuo. El giro que propone Avilés es contrastar dichos espacios con «ciertas obras literarias [que] pueden contribuir a visibilizar y reconfigurar estas normas de uso» (11). Así, cada capítulo va a resaltar, de una u otra manera, el carácter subversivo que tiene la literatura respecto a la formación de espacios y sujetos.

El primer capítulo del libro es el que abarca un mayor número de casos de estudio. Está dedicado, como ya adelantábamos, al concepto de distancia; específicamente, a la distancia en el contexto de las relaciones amorosas del período. El amor, entendido éste como un «espacio compartido» (17), se genera a partir de la visión del amado o amada, objeto de deseo. La belleza entra por los ojos, o eso defienden las teorías del amor clásicas, medievales y renacentistas, desde Platón hasta Andreas Capellanus. Sin embargo, Avilés encuentra una importante excepción a estas

teorías del amor ocular: el amor distante y de oídas. Este capítulo ofrece un conjunto de ejemplos en los que el amor de oídas aparece como alternativa al modelo visual. Entre ellos están el *De amicitia* de Cicerón, Ibn Hazm y *El collar de la paloma*, la figura de la *dame jamais vue* de la poesía trovadoresca francesa o la ausente Dulcinea, sin ir más lejos. Otro ejemplo paradigmático del amor de oídas es la *Razón de amor con los desnuestos del agua y el vino*, poema del siglo XIII que narra el encuentro entre dos amantes que han vivido enamorados sin conocerse. Estos procesos de ocultación y revelación del amor de oídas aparecen parodiados en el *Quijote* cuando Alonso Quijano idealiza a una Dulcinea que se nos muestra a los lectores como Aldonza (58).

La corte es el concepto que protagoniza el capítulo 2. En este caso, las dinámicas de ocultación tienen que ver con la conocida dicotomía entre honor y honra. La vida moral del cortesano depende, en gran medida, de las apariencias. Éstas regulan el comportamiento del *buon cortigiano*, tal y como lo describió Castiglione. Los peligros y contradicciones de la corte —espacio hiperregulado por excelencia— son expuestos por Antonio de Guevara en el *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*. Avilés se posiciona en contra de las lecturas



superficiales que se han hecho de Guevara y demuestra la gran complejidad del *Menosprecio*. Rechazar la corte para abrazar la aldea «depende de una mirada sobre uno mismo, una vigilancia y conocimiento de sí, lo cual permite elegir un modo de vida o estado que provea de unos parámetros de disciplina y control» (102). Es decir, la apología de la vida retirada no es un intento naíf de recuperación de la Edad de Oro, sino que requiere de responsabilidades. El cuidado de uno mismo permite gestionar una vida tentada por el exceso de ocio y bajo la amenaza de la soledad.

El tercer capítulo aborda el concepto de frontera de guerra y gira en torno a la obra *El Abencerraje*. El espacio fronterizo depende, en todo momento, de la aparición del enemigo al que se ha de abatir; con lo cual, este espacio está regulado por una serie de expectativas que la ideología militar impone: «el honor, la fama, la fortaleza del soldado, la defensa de su territorio y de su monarca y, no menos importante, el imperativo religioso» (106). De nuevo, Avilés busca las fisuras de este horizonte de expectativas, la irrupción de lo inesperado en un espacio altamente codificado. En el espacio fronterizo representado por *El Abencerraje* se da un importante elemento insólito: la amistad.

Este capítulo demuestra que la obra promueve una reflexión ética basada en los valores de la hospitalidad y la preocupación por el otro, ampliando así los límites del *locus* fronterizo.

Avatares de lo invisible se cierra con un estimulante capítulo sobre las casas en el *Lazarillo de Tormes*. La tesis de Avilés es que el espacio doméstico cumple un doble objetivo. Por un lado, sirve como lugar de protección e intimidad ante las presiones de la sociedad; por otro, permite manejar los momentos de exposición pública del sujeto. Esta dupla se cuestiona claramente en el *Lazarillo*, cuyo protagonista es literalmente un sin-techo que busca relativo alivio —sin encontrarlo— en hogares ajenos. La propia narración del Lázaro adulto, defiende Avilés, «es uno de los instrumentos que posee para luchar contra la insistente porosidad y vulnerabilidad de su arreglo de vida en la casa alquilada» (202). Las casas del *Lazarillo* son, en cierto modo, una amenaza para el individuo, lo cual subvierte la tradicional idea de la casa como hogar.

En conjunto, *Avatares de lo invisible* es un sobresaliente ensayo sobre el estatuto del sujeto en la literatura de la alta modernidad española. Avilés ha construido un sólido monográfico con lo que *a priori* pudiera parecer



una colección de ensayos reunidos por el autor. Nada más lejos de la realidad, pues la interconexión entre capítulos, las bases teóricas y conceptos que lo atraviesan, y el idéntico *modus operandi* argumentativo

empleado en cada sección generan un estudio tan potente como compacto. El resultado es un excelente trabajo que propone nuevas formas de pensar sobre el individuo y su relación con los espacios que habita.

